

libro y libera la interioridad del poeta de tan pesado lastre; se cumple así una esencial función de la literatura: la catarsis, después de la cual vendrá el reposo y consecuentemente el reconocimiento de la realidad padecida como un objeto de amor generado en el fondo, por efectos de un odio visceral en respuesta a un desajuste entre tal realidad y la idea del poeta. Creemos que el poema donde el reflejo del dolor del poeta por la incongruencia con el medio resulta más diáfano y vivo es el poema de la pág. 36: "El fuego apagándose/ Tu corriendo a tu único encuentro/ Estás en el castigo/ Son apenas las llagas/ y la risa/ La única risa de siempre".

Se trata en fin del resultado de la convivencia en un nivel profundo con una ciudad múltiple, de los desgarramientos y los éxtasis, de los ayuntamientos y separaciones en medio de un fulgurante ritmo vital. Se ha dado un contacto entre esencias, las del poeta y de la ciudad, luego vertidas y perdurabilizadas en el poema que resulta sólido por su jerarquía literaria e intenso por sus destellos vitales.

Por otra parte contemplamos una escritura natural, ajustada a un fresco ritmo de confesión de unas visiones. No se observa en ninguna parte muestra de violentación del lenguaje: en caso de que así fuese lo veríamos como una falla, pues contradiría la fuerte serenidad de las visiones generadas desde lo más íntimo.

Por último nos preguntaríamos ¿cuál es la cosmovisión del poeta? Es una cosmovisión apocalíptica y paradisiaca sorpresi-

vamente simultánea. La ciudad se equilibra sabiamente entre el bien y el mal.

Jesús Serra

OTRA VEZ "PIEDRA DE MAR"

Ennio Jiménez Emán.

En nuestro país parece en realidad ocurrir con los escritores lo que dice Orlando Araujo: los que no se entregan al derroche supermillonario de nuestro estado petrolero ocupando puestos burocráticos, aceptando becas y precarios sueldos, andan en perpetuo exilio por calles, bares y pensiones, dados a la libasón, fuera de la educación y la cultura oficial. Lo malo es que también estos últimos solitarios de medianoche, matadores de brújulas, terminan siendo consagrados, recibiendo dinero de la oficialidad y otorgándoseles premios a su desarraigo y su desesperanza. Lo bueno es que entre los primeros hay mucha gente honesta que gana poco, y lo poco que gana ahí mismito lo gasta sosteniendo su prolífico cuadro familiar, amarrándose soberanas peas —por que estos también beben como los mil diablos— y acostándose con hembras deslumbrantes; trabajan mucho, viven bien con poco dinero y no poseen cuenta bancaria. En este tremendo y paradójico parece desenvolverse casi toda la problemática del escritor venezolano.

Francisco Massiani (n. en 1944), es uno de esos solitarios de medianoche que lo que gana ahí mismito lo gasta cuando se desbanda sobre los bares de la República del Este. Pero no es que sea un holgazán. Habla claro y con lucidez; y su literatura es reflejo de una circunstancia social,

cultural y política. Sólo que en sus obras no hay pseudo-compromisos politiqueros, propaganda demagógica, o consejitos morales de izquierda o de derecha. Escribe para despojarse. Y para retratar a una sociedad que conoce muy bien, que se derrumba en pedazos y que quiere salpicarlo a uno como la mierda cuando choca con el ventilador. Massiani es uno de los buenos cuentistas y novelistas que han aparecido en el país en los últimos años.

Escribe con palabra limpia y auténtica, arrancándose el pellejo, sobre lo que ha vivido, lo que siente, lo que hizo y quiso hacer.

Para el que vive intensamente su adolescencia, masticando inconformidades, luchando a capa y espada contra las trampas que le impone la sociedad para amordazarlo, aquella será un tremendo suplicio, y, en el caso del escritor, carnada codiciada por hienas y chacales, habrá que responder "con la rabia del perro mordido en las esferas". Massiani responde con desenfado.

Este suplicio de pertenecer a una clase social con la que se identifica en efecto, pero no en ideología, de ver hacia atrás con cierta nostalgia por las personas y cosas que se van deteriorando está en *Piedra de Mar*, donde Massiani trada de aprehender ese período fundamental de su vida a medio camino entre la juventud y madurez. Se le ponen los pelos de punta —¿y a quién no?— cuando piensa en el paso del tiempo, en la muerte de lo vivido y se lanza a la *recherche* de esas andanzas de adolescencia para dejarlas en un libro. Producto: *Piedra de Mar*, desesperada, vital.

Massiani narra, casi de manera involuntaria, con una escritura banal, indiferente, despojada de psicologismos baratos y aburridos. La vida aflora, se respira constantemente en esta novela, fresca crónica del

desconcierto de un adolescente —Corcho-Massiani— cuya situación existencial se debate entre noviazgos frustrados, extrañeza frente a los demás, búsquedas y desencuentros, incomunicación y soledad. Los personajes son reales, de la clase media caraqueña, de la cual proviene también el escritor. Corcho, (personaje en el que Massiani objetiva su propia búsqueda existencial) atarantado de amor por Carolina, desconsolado, aburrido, descolocado, incomprendido por los demás, aún cuando muchas veces navegue en un clima sofisticado y trivial, vive, sin embargo una vida más digna; Marcos, José, Lagartija, Carolina y Jania: espectadores pasivos de un estado de cosas, cómodamente instalados en su poltrona ideológica de pequeño-burgueses.

Massiani se ha retratado bien a sí mismo y a la gente que conoce, con la cual se identifica en sentimiento pero no en ideología. Narra conforme habla: con todas las matizaciones expresivas que posee el habla conversacional de esa clase media caraqueña (lugares comunes, modismos, groserías, etc.). No cree en tremendismos ni en experimentalismos. Oigamos al propio escritor definir su búsqueda: "Creo que hace millones de años, la gente necesitaba contar algo. Quiero decir: el escritor cuando se ponía a escribir quería decir algo. Contar algo. Y bueno. Eso está muy bien: posiblemente era un extraño fenómeno que había presenciado y necesitaba transmitirlo a sus semejantes (que por supuesto no lo eran tanto, ya que no habían sido capaces de sentir o pensar o presenciar lo mismo), lo leían y se quedaban muy contentos con la información del escritor ¿No? Pero llegó el día que al escritor le importó más la forma de contar lo que podía o no contar, y se puso con jeringas y tijeras, y a cambiar una palabrita para acá, y otra más arriba, y bla bla bla, hasta que llegamos a nuestro siglo y todo lo que se escribe es un asco.

Por supuesto que no todo. Además, yo no leo tanto. Más bien me es difícil leer. Le tengo a ratos el miedo hereje, porque siento que voy a sufrir una metamorfosis capaz de convertirme en monje o asesino".

A eso de: "juventud, divino tesoro" debemos tirarle de retruque —como dice Baica— "juventud, divino suplicio".

Ennio Jiménez Emán.

PAISAJES: INTERIORIZACION Y TRASCENDENCIA DE LAS IMAGENES

"Cuando me he dado de alta en las preocupaciones del entonces reinas como sed de morir"

Lubio Cardozo

Lenta y firmemente, Lubio Cardozo (nacido en 1938) ha ido construyendo apasionadamente una obra literaria que recibe dos afluentes, la investigación y la poesía, ambos estigmatizados por el talento y la vocación literarios. Como frutos solares de su labor investigadora están su exhaustivo libro *La poesía en Mérida de Venezuela* y más recientemente ese portento denominado *Diccionario General de la Literatura Venezolana (Autores)* en extraordinaria colaboración con el poeta y también investigador Juan Pintó. Estos trabajos son únicamente ejemplo, ya que ponernos a considerar toda la obra de Cardozo nos llevaría muy lejos en vista de su copiosidad e importancia. Paralelamente a sus menesteres investigati-

vos, Lubio Cardozo ha dedicado tiempo a la poesía, género que a nuestro parecer capitaliza afectivamente su actividad literaria y por medio del cual ha escrito varios libros, uno de ellos *Apocatástasis*, ganador de una mención especial en uno de los concursos de cuento, ensayo y poesía de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad del Zulia. De su poesía y concretamente de *Paisajes* (Universidad de Los Andes, 1975) queremos hablar en esta nota.

La lectura de la poesía de Cardozo nos induce a considerar que la misma se vierte por medio de dos vertientes: una primera vertiente nos presenta una poesía dictatorialmente controlada por la razón, donde el lenguaje resulta determinante y se aspira fundamentalmente a la elaboración de impecables piezas verbales. Otra vertiente, la que nos conquista, se empeña en la armonización de las vivencias con un lenguaje de naturaleza fluida y esponánea. Dentro de la primera vertiente cabe la mayor producción poética de Cardozo. Y *Paisajes* se erigiría como una muestra solitaria de la segunda. Reiteramos que preferimos, por cuestiones de gusto, el tipo de poesía contenida en *Paisajes*, pero ello no significa que la otra poesía carezca de valor, no, de ninguna manera, por el contrario reconocemos ampliamente la calidad expresiva de aquella, sobre todo ese conceptismo de tan pulquerrima lucidez, ocurre simplemente que mi identidad espiritual y poética establece una vinculación más estrecha y sentida con la poesía ejemplificada por *Paisajes*.

Paisajes constituye el testimonio